

dos para siempre de las costas de España por aquel terrible viento del Este.

Ya comenzaban á tranquilizarse un poco, cuando el mar se les apareció, tan lejos como su vista podía alcanzar, cubierto de yerbas verdes, tan espesas en algunos parajes, que entorpecían la marcha de la nave.

—He aquí, exclamaban, el límite de que no deben pasar los buques: estas yerbas son una insuperable barrera levantada por el mismo Dios, y ocultan las rocas donde deberá estrellarse la nave que tenga la audacia de pasar adelante. ¿Iremos á perdernos con nuestras embarcaciones en ese mar, del que la prudencia aconseja alejarnos? Desgraciada la hora en que nos hemos fiado de las promesas falaces de un aventurero y en que hemos consentido en seguirle.

Colon, cuya prudencia y sangre fría se sostenía á la altura de tan apuradas circunstancias, les decía:

—Os alarmais por una cosa que debia por el contrario excitar toda vuestra alegría, puesto que os anuncia que ya vais á coger el fruto de vuestros afanes y el premio de vuestros esfuerzos. . . . ¿Es posible que la yerba crezca en medio del mar? Esta vegetacion pertenece á un continente del que no distamos mucho, y que va bien pronto á presentarse á vuestros ojos.

En el momenio en que Colon pronunciaba estas palabras, el equipaje vió una bandada de pájaros

de diferentes especies, que levantaban el vuelo por el lado del Oeste. Con semejante espectáculo revivieron todas las esperanzas, y considerando seguro el triunfo de la expedicion, no pensaron mas que en seguir con ardor el rumbo hácia aquella tierra que parecia tan cercana.

Mas, ¡ah! las conjeturas que habian hecho á vista de la yerba que cubria la superficie del mar, y del vuelo de las aves, eran otros tantos errores, y una triste realidad disipó las ilusiones del almirante y sus compañeros. Habian ya recorrido un espacio de setecientas setenta leguas marinas y todavía no se presentaba el ansiado continente, pero de cuantos hombres iban en las tres carabelas, solo Colon era capaz de calcular el camino que se andaba, y recurriendo á su ardid acostumbrado, anunció á sus compañeros que solo quinientas ochenta leguas habian sido andadas por la escuadra.

Pero aquella vasta extension de mar que los separa de su patria, los llena de terror, y los gemidos, las quejas y los murmullos empiezan de nuevo: tan pronto se acusan por haber escuchado las alucinadoras palabras de Colon, dejándose engañar por sus quiméricas promesas, tan pronto culpan á la reina Isabel, por haber sacrificado tantos vasallos en una loca empresa.

—Gracias á Dios, decian, ya hemos dado bastantes pruebas de valor, para no temer el que nos llamen cobardes; ahora nos toca pensar en nuestro provecho, y aventurarlo todo por volver á nuestra

patria. . . . pero el viento que viene constantemente del Este ¿no nos quita hasta la esperanza de volver? Obliguemos á el almirante á que se detenga y renuncie á sus insensatos proyectos.

Todavía era mayor el peligro que amenazaba á Colon: algunos compañeros suyos proponen deshacerse de él y darle sepultura en aquel mar desconocido, á donde su loca audacia quiere conducirlos.

—¡A el mar el almirante! ¡a el mar el autor de todos nuestros males! exclaman; si hemos de perecer, ¡que no sea sin venganza! ¡A nosotros pertenece castigar al aventurero, cuya perfidia nos pierde! ¿Qué le importa á la España la vida de este aventurero que se ha burlado de ella, que ha expuesto la de tantos españoles que todavía podían ser útiles á su patria? ¡Que muera! A nadie se le ocurrirá, si Dios nos deja volver á España, pedirnos cuenta de este hombre, y al saber nuestra venganza: todos nuestros compatriotas la aplaudirán como un acto de justicia.

Perdido era el almirante si cedía un solo momento á la rebelion, si se manifestaba asustado ó indeciso. Colon se presenta delante de los sediciosos, la serenidad de su rostro y su calma contrastan con las violentas pasiones que se pintan en los semblantes de sus compañeros. Finge ignorar que atentan contra su vida y les dice:

—¿Qué es lo que acabo de saber, amigos míos? ¿Cuál es vuestra intencion?

—Queremos volver á España. . . . Volvednos á nuestra patria! volvednos al puerto de Palos!

Estos gritos son repetidos con furor por todo el equipaje, acompañándolos con ademanes de amenaza.

—¿Quereis volver á España? No obstante, hace poco tiempo que confiando en mí, estábais llenos de esperanza y jurábais seguirme á todas partes, porque estábais convencidos de que no os engañaba. ¿De dónde proviene esta mudanza? ¿qué es lo que ha sucedido? ¿qué es lo que os da derecho para acusarme de temerario ó de impostor? ¡En el momento mismo de llegar al término de la empresa, quereis alejaros de él vergonzosamente! ¿Sois españoles y tendreis miedo?

A estas palabras, que el almirante dirigia con intencion á el orgullo de los hombres que le rodeaban, un estremecimiento eléctrico, síntoma de la manifestacion de sentimientos generosos, advirtió á Colon que no se equivocaba. Por lo mismo, exclamó levantando la voz:

—Españoles, ¿teneis miedo?

—No, no, respondieron marinos y soldados llevando la mano á las espadas.

—¡Ah! lo reconozco con placer, todavía sois los dignos hijos de la España y podeis escuchar el lenguaje del honor. Quereis volver á vuestra patria y regresar al seno de vuestras familias; mas no es el temor del peligro el que os hace retroceder antes de cubriros de gloria en la empresa á que os he asociado. Sin embargo, amigos, ¿qué dirá la España viendo que os presentais sin haber llevado á su de-

bido término la empresa grandiosa que os habia encomendado, sabiendo que habeis desobedecido á vuestro jefe, y abandonado á los extranjeros el nuevo universo que pudiérais haber dado á vuestra patria?

—Tampoco ellos le han de encontrar, respondió una nueva voz que interrumpió á el almirante.

—¿Quién os ha dicho? ¡Habeis merecido conquistar ese nuevo mundo que os he prometido! Decid las tempestades que habeis tenido que arrostrar, los padecimientos que han puesto á prueba vuestro valor. Vuestra navegacion ha sido lenta tal vez; pero tranquila y en un mar sin borrascas. ¿Habeis tenido que lamentaros de aquellas horribles privaciones con las que el marino lucha con frecuencia en sus viajes? No, solamente la tierra tarda en ofrecerse á vuestra vista; ya la vereis dentro de algunos dias, mañana tal vez; y ¿es posible que no tengais paciencia para esperar tan corto tiempo?

—Mas si después de seguiros, salimos con que han sido inútiles nuestras pesquisas, ¿quién nos volverá á España? preguntó Alvarez, uno de los marineros mas antiguos de *la Santa María*.

—Yo, replicó al instante Colon.

—¿Mas si el viento se mantiene siempre al Este?

—Cambiará, yo os lo prometo, y favorecerá nuestro regreso á España, en cuanto háyamos correspondido á la confianza de nuestros augustos soberanos, el rey Fernando y la reina Isabel.... pero observad, mis queridos amigos, el cielo quiere darnos una

prueba de su proteccion: mirad, nuevo viento es el que infla nuestras velas..... es el viento del Sud-oeste.

—¡El viento del Sud-oeste! el viento del sud-oeste! exclaman los hombres del equipaje al ver la nueva direccion comunicada á las velas, estrechándose después al rededor del almirante para renovar un juramento que habian estado á punto de quebrantar.

Aquellos marineros, subyugados de esta suerte por el ascendiente de un hombre superior y su poderosa palabra, habian vuelto á entrar en la senda del deber y habian recobrado toda su confianza en el buen resultado de la expedicion, porque el repentino cambio del viento los tranquilizaba plenamente acerca de la posibilidad de volver á su patria. Otros indicios de las cercanías de tierra confirmaron bien pronto las palabras de Colon y las nuevas esperanzas que habia hecho concebir á sus compañeros. Un dia, el comandante de *la Pinta*, que iba siempre delante como la mas velera, dió aviso á el almirante de que creia distinguir tierra al Norte, como á unas quince leguas. Esta noticia excitó trasportes de alegría: suplicaron á Colon que se dirigiese hácia aquella parte; pero el almirante, seguro de la exactitud de sus cálculos, sabia que el capitán de *la Pinta* estaba equivocado y continuó el rumbo de Este á Oeste, sin ceder á los ruegos ni aterrarse por las amenazas.

Fácil le hubiera sido sin duda alguna apartarse un

momento de su ruta y dirigirse hácia el punto designado por Pinzon; mas su inteligencia superior le daba á conocer las fatales consecuencias de la concesion que hubiera podido hacer á las exigencias de sus compañeros. Convencido del error del capitán de la *Pinta*, hubiera justificado las dudas de la tripulacion acerca de la habilidad del almirante y la exactitud de su plan de viaje. Un ligero extravío sin resultados podia alterar la confianza que inspiraba, siendo además un funesto precedente del que sus súbditos se prevaldrian para exigirle imperiosamente modificaciones en sus proyectos, y aun tal vez dictarle su voluntad. Colon se portó como hombre experimentado, y las consecuencias de su viaje harto probaron que se habia conducido con mucha prudencia, resistiendo á las importunidades del equipaje.

Al otro dia por la mañana vieron muchas aves marítimas y Colon suponiendo que no podria alejarse mucho de tierra, se creyó que le venian á anunciar su cercanía. De su engaño participaron tambien sus compañeros, hasta que la sonda desvaneci6 sus esperanzas: no se encontró el fondo, ni aun después de haber soltado doscientas brazas de cuerda, que hacen casi mil doscientos piés. Se estaba por consiguiente muy lejos de la tierra, porque es sabido que el mar tiene regularmente poca profundidad en la inmediacion de las costas. Al caer de la tarde del siguiente dia, vinieron unos pájaros muy cantarines á encaramarse en las gabias, distrayendo á la tripulacion con sus alegres trinos. Pasaron toda la no-

che en aquella posicion, y al amanecer del siguiente dia echaron á volar hácia el Oeste.

Poco después se vió un pájaro de los tr6picos, y por último, un espectáculo extraño, inesperado, causó la mas viva sorpresa á todos los hombres de la expedicion: era una nube de peces voladores que se elevaban fuera del agua; algunos vinieron á caer sobre el puente, donde cogidos y examinados con la mayor atencion, nadie se cansaba de observar la longitud de las extrañas nadaderas que les servian de alas. Por la noche se vió el mar cubierto de yerba, y del conjunto de estas circunstancias deducia la tripulacion que no se tardaria en descubrir tierra; mas los dias se sucedian á las noches, y cuanto mas avanzaban en aquel Océano sin límites, mas distante parecia la tierra al impaciente anhelo de los compañeros de Colon. • Entonces empezó á cundir á bordo de las tres carabelas el espíritu de sedicion, que no tardó en estallar, con la particularidad de que los oficiales, que habian permanecido fieles á Colon, hacian ya causa comun con los marineros. Presentóse aquel á los revoltosos, queriendo acudir á los medios que tan bien le habian probado otras veces; pero ellos no quieren escucharle. Sus gritos cubren su voz, le insultan, le ultrajan y le amenazan con la muerte si inmediatamente no dispone que la expedicion dé la vuelta hácia España.

Era preciso ceder ó morir: ceder era ir á exponerse á la burla de todo un pueblo, y condenarse á

un oprobio eterno! La muerte le parecía mil veces preferible á la vergüenza de volver á España; pero los sublevados exigian pronta respuesta. Colon les pidió tres dias mas de resignacion y de obediencia: si en este plazo no se descubria un continente, se comprometia á volverlos á España, garantizándose por una y otra parte la ejecucion de este convenio con mutuas protestas. •

Colon estaba sin inquietud, porque los indicios de la cercanía de tierra eran cada vez mas frecuentes y le daban la certidumbre de que abordaria á ella antes del término fijado en el convenio. Ya la sonda, que hacia tres dias llegaba al fondo del mar, se hundia en el cieno; además, millares de pajaritos á quienes la cortedad de sus alas no permitia alejarse mucho de las costas, volaban hácia el Oeste; tambien sacaron del mar un arbusto cubierto de un fruto encarnado y fresco todavia, y por último, los vientos eran menos variables, particularmente al acercarse la noche. Estos eran otros tantos presagios de que se llegaba por fin al término de aquella larga y penosa navegacion, y de que Colon iba á recibir el premio de su constancia heroica.

Era tal la certidumbre que tenia el almirante de la proximidad de la tierra, que al anochecer del siguiente dia encargó á sus compañeros que diesen gracias á Dios, que les habia dado una prueba tan palpable de su proteccion en una empresa tan arriesgada; despues prescribió todas las medidas que aconsejaba la prudencia. Así mandó que se plega-

sen las velas, temiendo con razon que durante la noche las embarcaciones fuesen á dar contra la costa, donde corriesen peligro.

• El almirante recordó á sus compañeros la promesa que habia hecho la reina Isabel al primero que descubriese el nuevo continente, [1]. Durante toda la noche, oficiales, marineros y soldados se estuvieron de pié derecho sobre el puente de sus naves, en la mayor agitacion, y sin apartar la vista del punto por donde esperaban ver aquella tierra por tanto tiempo deseada.

Hácia las diez de la noche, Colon, que estaba en el castillo de proa, creyó que veia brillar una luz allá á lo lejos, y llamando á un paje de la reina que iba á bordo, le enseñó aquella luz. El jóven la distinguió tambien, y aun se la hizo notar á otra persona que entonces se llegó á ellos. Los tres convinieron en que aquella luz era móvil y que un viajero debia llevarla.

• De improviso á las dos de la madrugada, la tripulacion de la *Pinta* lanza el grito de ¡Tierra! tierra! que repetido al instante por las tripulaciones

[1] Los reyes católicos habian prometido diez mil maravedís de juro al primero que descubriese la tierra, y Colon por su parte prometió tambien un jubon de seda.—El primer español que vió la tierra, y por consiguiente alcanzó el premio, fué un marinero de la *Pinta* llamado Rodrigo de Triana.—[Nota del traductor.]

de las otras dos carabelas, llena los corazones de alegría. Sin embargo, como tantas veces habian consentido para ver despues burladas sus esperanzas, esperaron la venida de la aurora, para estar seguros de que esta vez no se equivocaban, y que habian por fin conseguido el objeto de la expedicion. En fin, las tinieblas se disipan poco á poco; el horizonte se tiñe con los reflejos de la naciente aurora, y la tripulacion de la *Pinta*, á vista de la tierra, entona el *Te Deum* acompañada por los marineros de las otras dos carabelas, que tambien dirigen al cielo la expresion de su agradecimiento. Todos los corazones palpitan, las lágrimas corren y apenas han satisfecho aquel piadoso deber, cuando piensan expiar por medio de una ruidosa reparacion los ultrages y violencias que han hecho á el almirante. Aquellos mismos hombres que poco antes desconocian su autoridad y amenazaban su existencia, se arrojan á sus piés para implorar el perdon de su infame conducta. Colon, enternecido por la sinceridad de su arrepentimiento, les promete olvidar lo pasado: su magnanimidad corre parejas con su valor y se ostenta entonces tan generoso, como inalterable se habia manifestado en su lucha contra la rebelion.

III.

Descubrimiento de la isla de Guanahani.—Desembarco de los españoles.—Fijan una cruz en la costa.—Toma de posesion en nombre de los reyes de España.—Mutua sorpresa de españoles y de indios.—Descubrimiento de Cuba.—Traicion de Pinzon.—Descubrimiento de la Española ó Haiti.—Visita de un cacique.—Naufragio de Colon.—Establecimiento de una colonia.—Partida de Colon á España.—Una tempestad.—Recebimiento de Colon en la corte de Portugal.

LA tierra que tenia á la vista era una de las islas Lucayas ó de Bahama y se llama Guanahani. Colon agradecido al país á cuyo descubrimiento debia su salvacion, le puso el nombre de *San Salvador*; pero no ha conservado este nombre que perpetuaba un recuerdo tan grande y piadoso.